

Fiódor Dostoyevski

El Cocodrilo



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

**EL COCODRILO:
UN INCIDENTE EXTRAORDINARIO**

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

PUBLICADO: 1865

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

EL COCODRILO

UN INCIDENTE EXTRAORDINARIO

Una historia verdadera de cómo un caballero de cierta edad y apariencia respetable fue tragado vivo por el cocodrilo en la Arcada, y las consecuencias que siguieron.

I

El 13 de enero del presente año, 1865, a las doce y media del día, Elena Ivanovna, la esposa de mi culto amigo Iván Matvéitch, quien es colega en el mismo departamento y podría decirse que es un pariente lejano mío, también, expresó el deseo de ver el cocodrilo que ahora se exhibe a un precio fijo en la Arcada. Como Iván Matvéitch ya tenía en su bolsillo su billete para un viaje al extranjero (no tanto por el bien de su salud como por el de su mente), y por lo tanto estaba libre de sus deberes oficiales y no tenía

nada que hacer esa mañana, no ofreció objeción alguna al deseo irresistible de su esposa, sino que él mismo estaba positivamente ansioso por la curiosidad.

— ¡Una idea magnífica! — dijo con la mayor satisfacción—. ¡Vamos a ver el cocodrilo! En vísperas de visitar Europa, es conveniente familiarizarnos en el lugar con sus habitantes autóctonos.

Y con estas palabras, tomando del brazo a su esposa, se puso en marcha con ella de inmediato hacia la Arcada. Me uní a ellos, como suelo hacer, siendo un amigo íntimo de la familia. Nunca he visto a Iván Matvéitch de mejor humor que aquella memorable mañana... ¡cuán cierto es que no conocemos de antemano el destino que nos espera! Al entrar en la Arcada, quedó inmediatamente admirado por el esplendor del edificio, y cuando llegamos a la tienda en la que se exhibía el monstruo recién llegado a Petersburgo, se ofreció a pagar el cuarto de rublo por mí al dueño del cocodrilo, algo que nunca había sucedido antes. Al entrar en una pequeña habitación, observamos que además del cocodrilo, había en ella loros de la especie conocida como cacatúa, y también un grupo de monos en una vitrina especial en un rincón. Cerca de la entrada, a lo largo de la pared izquierda, había un gran tanque de estaño que parecía una bañera cubierta con una rejilla de hierro delgada, lleno de agua a una profundidad de dos pulgadas. En este estanque poco profundo se mantenía un enorme cocodrilo, que yacía como un tronco absolutamente inmóvil y aparentemente privado de todas sus facultades por nuestro clima húmedo, tan inhóspito para los visitantes extranjeros. Este monstruo al principio no despertó un interés especial en ninguno de nosotros.

— Así que este es el cocodrilo — dijo Elena Ivanovna, con una patética cadencia de arrepentimiento—. Pensé que era... algo diferente.

Probablemente pensaba que estaba hecho de diamantes. El dueño del cocodrilo, un alemán, salió y nos miró con un aire de extraordinario orgullo.

— Tiene derecho a estarlo — me susurró Iván Matvéitch—, sabe que es el único hombre en Rusia que exhibe un cocodrilo.

Esta observación bastante absurda la atribuyo también al extremadamente buen humor que había invadido a Iván Matvéitch, quien en otras ocasiones era de disposición bastante envidiosa.

— Me parece que su cocodrilo no está vivo — dijo Elena Ivanovna, irritada por la estolidez irrespuesta del propietario, y dirigiéndose a él con una sonrisa encantadora para suavizar su rudeza, una maniobra tan típicamente femenina.

— Oh, no, señora — respondió el hombre en ruso entrecortado; e inmediatamente moviendo la rejilla medio fuera del tanque, tocó la cabeza del monstruo con un palo.

Entonces el traicionero monstruo, para demostrar que estaba vivo, agitó débilmente sus patas y cola, levantó su hocico y emitió algo parecido a un resoplido prolongado.

— Vamos, no te enojas, Karlchen — dijo el alemán cariñosamente, complacido en su vanidad.

— ¡Qué horrible es ese cocodrilo! Estoy realmente asustada — piaba Elena Ivanovna, aún más coqueta—. Sé que ahora soñaré con él.

— Pero no te morderá si sueñas con él — replicó el alemán galantemente, y fue el primero en reírse de su propia broma, pero ninguno de nosotros respondió.

— Vamos, Semión Semiónitch — dijo Elena Ivanovna, dirigiéndose a mí exclusivamente—, vayamos a ver a los monos. Me encantan los monos; son tan encantadores... y el cocodrilo es horrible.

— Oh, no tengas miedo, querida — llamó Iván Matvéitch detrás de nosotros, mostrando galantemente su valentía masculina a su esposa—. Este somnoliento habitante de los reinos de los faraones no nos hará daño.

Y se quedó junto al tanque. Es más, se quitó el guante y comenzó a hacerle cosquillas al cocodrilo en la nariz con él, deseando, como dijo después, inducirlo a resoplar. El propietario mostró su cortesía hacia una dama siguiendo a Elena Ivanovna hasta la vitrina de los monos.

Así que todo iba bien y nada podía haber sido previsto. Elena Ivanovna estaba bastante juguetona en sus éxtasis sobre los monos y parecía completamente absorta en ellos. Con gritos de deleite, se volvía continuamente hacia mí, como decidida a no notar al propietario, y se reía a carcajadas de la semejanza que encontraba entre estos monos y sus amigos y conocidos íntimos. Yo también estaba divertido, porque la semejanza era inconfundible.

El alemán no sabía si reír o no, y al final se vio reducido a fruncir el ceño. Y fue en ese momento cuando un terrible, diría incluso antinatural, grito hizo vibrar la habitación. Sin saber qué pensar, por el primer momento me quedé quieto, paralizado por el horror, pero al notar que Elena Ivanovna también gritaba, me volví rápidamente y... ¡qué vi! Vi— ¡oh, cielos! —vi al desafortunado Iván Matvéitch en las terribles fauces del cocodrilo, sujetado por la cintura, levantado horizontalmente en el aire y pateando desesperadamente. Luego—un momento, y no quedó rastro de él. Pero debo describirlo en detalle, porque estuve todo el tiempo inmóvil, y tuve tiempo de observar todo el proceso que tenía lugar ante mí con una atención e interés como nunca antes había sentido. "¿Qué", pensé en ese momento crítico, "qué si todo eso me hubiera pasado a mí en lugar de a Iván Matvéitch— qué desagradable habría sido para mí!"

Pero volvamos a mi historia. El cocodrilo comenzó por girar al desafortunado Iván Matvéitch en sus terribles fauces para poder tragarlo primero por las piernas; luego levantando a Iván Matvéitch, que seguía tratando de saltar y aferrándose a los bordes del tanque, lo succionaba de nuevo hasta la cintura. Luego lo levantaba de nuevo, lo tragaba, y así una y otra vez. De esta manera, Iván Matvéitch estaba desapareciendo visiblemente ante nuestros ojos. Finalmente, con un último trago, el cocodrilo tragó a mi culto amigo por completo, esta vez sin dejar rastro de él. Desde el exterior del cocodrilo, podíamos ver las protuberancias de la figura de Iván Matvéitch mientras descendía por el interior del monstruo. Estuve a punto de gritar de nuevo cuando el destino nos jugó otra traicionera jugarreta. El cocodrilo hizo un tremendo esfuerzo, probablemente oprimido por la magnitud del objeto que había tragado, abrió una vez más sus terribles fauces, y con un último hipo dejó que la cabeza de Iván Matvéitch apareciera por un segundo, con una expresión de desesperación en su rostro. En ese breve instante, las gafas cayeron de su nariz al fondo del tanque. Parecía como si ese rostro desesperado solo hubiera aparecido para echar un último vistazo a los objetos a su alrededor, para despedirse por última vez de todos los placeres terrenales. Pero no tuvo tiempo de llevar a cabo su intención; el cocodrilo hizo otro esfuerzo, dio un trago y al instante desapareció de nuevo, esta vez para siempre. Esta aparición y desaparición de una cabeza humana aún viva fue tan horrible, pero al mismo tiempo—ya sea por su rapidez e inesperado o por la caída de las gafas—hubo algo tan cómico en ello que de repente, inesperadamente, estallé en carcajadas. Pero controlándome y dándome

cuenta de que reír en tal momento no era lo adecuado para un viejo amigo de la familia, me volví de inmediato hacia Elena Ivanovna y dije con aire comprensivo:

— ¡Ahora se acabó todo para nuestro amigo Iván Matvéitch!

No puedo siquiera intentar describir cuán violenta fue la agitación de Elena Ivanovna durante todo el proceso. Después del primer grito, pareció clavada en el lugar y miró la catástrofe con aparente indiferencia, aunque sus ojos parecían salirse de su cabeza; luego, de repente, se lanzó en un llanto desgarrador, pero le agarré las manos. En ese instante, el propietario, que al principio también había quedado petrificado por el horror, de repente juntó las manos y gritó, mirando hacia arriba:

— ¡Oh, mi cocodrilo! ¡Oh, mein allerliebster Karlchen! ¡Mutter, Mutter, Mutter!

Una puerta en la parte trasera de la habitación se abrió ante este grito, y la Mutter, una mujer mayor de mejillas rosadas pero desaliñada, con una cofia, hizo su aparición y se precipitó con un grito hacia su alemán.

Siguió un perfecto caos. Elena Ivanovna seguía gritando la misma frase, como si estuviera enloquecida: "¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo!" al parecer rogándoles —probablemente en un momento de olvido— que desuellaran a alguien por algo. El propietario y la Mutter no prestaron la más mínima atención a ninguno de nosotros; ambos berreaban como terneros sobre el cocodrilo.

— ¡Él se lo hizo a sí mismo! ¡Él mismo se reventará en seguida, porque se tragó a un ganz oficial! — gritó el propietario.

— Unser Karlchen, unser allerliebster Karlchen wird sterben — aullaba su esposa.

— ¡Estamos desamparados y sin pan! — coreaba el propietario.

— ¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo! — clamaba Elena Ivanovna, aferrándose al abrigo del alemán.

— Él molestó al cocodrilo. ¿Por qué su hombre molestó al cocodrilo? — gritó el alemán, apartándola de él—. Si Karlchen se revienta, entonces pague, das war mein Sohn, das war mein einziger Sohn.

Debo admitir que me sentí intensamente indignado al ver tal egoísmo en el alemán y la frialdad de su desaliñada Mutter; al mismo tiempo, el reiterado grito de "¡Desuéllelo! ¡Desuéllelo!" de Elena Ivanovna me preocupaba aún más y al final absorbió toda mi atención, alarmándome positivamente. Debo decir de inmediato que entendí completamente mal esta extraña exclamación: me pareció que Elena Ivanovna había perdido momentáneamente la razón, pero aun así, deseando vengar la pérdida de su amado Iván Matvéitch, estaba exigiendo como compensación que el cocodrilo fuera severamente azotado, mientras que ella quería decir algo completamente diferente. Mirando hacia la puerta, no sin vergüenza, comencé a rogarle a Elena Ivanovna que se calmara, y sobre todo que no usara la chocante palabra "desuéllelo". Porque tal deseo reaccionario aquí, en medio de la Arcada y de la sociedad más culta, a pocos pasos del salón donde en ese mismo momento el señor Lavrov estaba quizás dando una conferencia pública, no solo era imposible sino impensable, y en cualquier momento podría acarrear los abucheos de la cultura y las caricaturas del señor Stepanov. Para mi horror, inmediatamente me demostraron que mis sospechas alarmadas eran correctas: la cortina que dividía la sala del cocodrilo de la pequeña entrada donde se recogían los cuartos de rublo se partió de repente, y en la abertura apareció una figura con bigote y barba, llevando una gorra, con la parte superior de su cuerpo inclinada hacia adelante, aunque los pies se mantenían escrupulosamente más allá del umbral de la sala del cocodrilo para evitar la necesidad de pagar el dinero de entrada.

— Tal deseo reaccionario, señora — dijo el extraño, tratando de evitar caerse hacia nuestra dirección y mantenerse de pie fuera de la habitación —, no le hace honor a su desarrollo, y está condicionado por la falta de fósforo en su cerebro. Será prontamente expuesta a la vergüenza en la Crónica del Progreso y en nuestras revistas satíricas...

Pero no pudo completar sus comentarios; el propietario volviendo en sí, y viendo con horror que un hombre estaba hablando en la sala del cocodrilo sin haber pagado la entrada, corrió furiosamente hacia el extraño progresista y lo echó con un golpe de cada puño. Por un momento, ambos desaparecieron de nuestra vista detrás de una cortina, y solo entonces comprendí que todo el alboroto era por nada. Elena Ivanovna resultó completamente inocente; como ya he mencionado, no tenía idea alguna de someter al coco-

drilo a un castigo corporal degradante, y simplemente había expresado el deseo de que lo abrieran y liberaran a su marido de su interior.

—¿Qué?! ¿Desea que mi cocodrilo muera?! —gritó el propietario, volviendo a entrar corriendo—. ¡No! ¡Deje que su marido muera primero, antes que mi cocodrilo!... Mein Vater exhibió cocodrilo, mein Grossvater exhibió cocodrilo, mein Sohn exhibirá cocodrilo, y yo exhibiré cocodrilo! ¡Todos exhibirán cocodrilo! Soy conocido en toda Europa, y usted no es conocida en toda Europa, ¡y debe pagarme una multa!

—Ja, ja —intervino la vindicativa mujer alemana—, no la dejaremos ir. ¡Multa, porque Karlchen está reventado!

—Y, de hecho, es inútil desollar a la criatura —añadí con calma, ansioso por llevarme a Elena Ivanovna a casa lo más rápido posible—, ya que nuestro querido Iván Matvéitch probablemente ya esté surcando el éter.

—Querida —de repente escuchamos, para nuestro intenso asombro, la voz de Iván Matvéitch—. Querida, mi consejo es que se dirijan directamente a la oficina del superintendente, ya que sin la ayuda de la policía el alemán nunca entrará en razón.

Estas palabras, pronunciadas con firmeza y aplomo, y expresando una presencia de ánimo excepcional, por el primer minuto nos asombraron tanto que no podíamos creer lo que oíamos. Pero, por supuesto, corrimos de inmediato al tanque del cocodrilo, y con igual reverencia e incredulidad escuchamos al infeliz cautivo. Su voz estaba amortiguada, delgada e incluso chillona, como si viniera de una distancia considerable. Recordaba a una persona jocosos que, cubriéndose la boca con una almohada, grita desde una habitación contigua, tratando de imitar el sonido de dos campesinos llamándose el uno al otro en una llanura desierta o a través de un amplio barranco, una actuación que una vez tuve el placer de escuchar en casa de un amigo en Navidad.

—¡Iván Matvéitch, querido, entonces estás vivo! —balbuceó Elena Ivanovna.

—Vivo y bien —respondió Iván Matvéitch— y, gracias al Todopoderoso, tragado sin ningún daño. Solo me preocupa la opinión que mis superiores puedan tener del incidente; porque después de obtener un permiso para ir al

extranjero, he terminado en el interior de un cocodrilo, lo cual no parece muy inteligente.

—Pero, querido, no te preocupes por parecer inteligente; primero debemos de alguna manera sacarte de donde estás —interrumpió Elena Ivanovna.

—¡Sacarlo! —gritó el propietario—. No permitiré que excaven mi cocodrilo. Ahora vendrá mucho más público, y pediré cincuenta kopeks y Karlchen dejará de reventarse.

—¡Gott sei dank! —intervino su esposa.

—Tienen razón —observó Iván Matvéitch tranquilamente—; los principios de la economía son lo primero.

—¡Querido! Volaré de inmediato a las autoridades y presentaré una queja, porque siento que no podemos resolver este lío por nosotros mismos.

—Yo también lo creo —observó Iván Matvéitch—; pero en nuestra era de crisis industrial no es fácil abrir el vientre de un cocodrilo sin compensación económica, y mientras tanto, surge la inevitable pregunta: ¿Qué pedirá el alemán por su cocodrilo? Y con ella otra: ¿Cómo se pagará? Porque, como sabes, no tengo medios....

—Quizás con tu salario... —observé tímidamente, pero el propietario me interrumpió de inmediato.

—¡No venderé el cocodrilo; lo venderé por tres mil! ¡Lo venderé por cuatro mil! Ahora vendrá mucho más público. ¡Lo venderé por cinco mil!

De hecho, se daba unos aires insufribles. La codicia y una avaricia repugnante brillaban alegremente en sus ojos.

—¡Me voy! —grité indignado.

—¡Y yo! ¡Yo también! Iré a ver a Andrey Osipitch en persona. Lo ablandaré con mis lágrimas —gimoteó Elena Ivanovna.

—No hagas eso, querida —se apresuró a interponer Iván Matvéitch. Hacía tiempo que sentía celos de Andrey Osipitch por su esposa, y sabía que a ella le encantaría ir a llorar ante un caballero refinado, pues las lágrimas le sentaban bien—. Y tampoco te lo aconsejo a ti, amigo mío —añadió, dirigiéndose a mí—. No sirve de nada lanzarse de cabeza de esa manera; no se

sabe a dónde puede llevarnos. Es mucho mejor que hoy vayas a ver a Timofey Semyonitch, como si fueras a hacer una visita ordinaria; es un hombre anticuado y de ningún modo brillante, pero es digno de confianza, y lo que más importa, es honrado. Dale mis saludos y describe las circunstancias del caso. Y ya que le debo siete rublos de nuestra última partida de cartas, aprovecha para pagarle; eso ablandará al viejo severo. En cualquier caso, su consejo puede servirnos de guía. Y mientras tanto, lleva a Elena Ivanovna a casa... Cálmate, querida —continuó, dirigiéndose a ella—. Estoy cansado de estos gritos y disputas femeninas, y me gustaría tomar una siesta. Aquí está suave y cálido, aunque apenas he tenido tiempo de mirar a mi alrededor en este refugio inesperado.

—¿Mirar a tu alrededor? ¿Por qué, hay luz ahí dentro? —gritó Elena Ivanovna en un tono de alivio.

—Estoy rodeado de una noche impenetrable —respondió el pobre cautivo—; pero puedo sentir y, por así decirlo, echar un vistazo a mi alrededor con las manos... Adiós; tranquilízate y no te niegues recreación y diversión. ¡Hasta mañana! Y tú, Semyon Semyonitch, ven a verme por la tarde, y como eres olvidadizo y puedes olvidarlo, haz un nudo en tu pañuelo.

Confieso que me alegraba irme, pues estaba agotado y algo aburrido. Apresurándome a ofrecer mi brazo a la desconsolada Elena Ivanovna, cuyos encantos solo se veían realzados por su agitación, la llevé rápidamente fuera de la sala del cocodrilo.

—La tarifa será otro cuarto de rublo por la tarde —nos llamó el propietario.

—¡Oh, Dios, qué codiciosos son! —dijo Elena Ivanovna, mirándose en cada espejo de las paredes de la Arcada, y evidentemente consciente de que se veía más bonita de lo habitual.

—Los principios de la economía —respondí con cierta emoción, orgulloso de que los transeúntes vieran a la dama en mi brazo.

—Los principios de la economía —dijo ella en un tono lastimero—. No entendí en absoluto lo que Iván Matvéitch dijo sobre esos horribles principios económicos hace un momento.

—Te lo explicaré —respondí, y comencé de inmediato a contarle los efectos beneficiosos de la introducción de capital extranjero en nuestro país,

sobre lo cual había leído un artículo en las Noticias de Petersburgo y en La Voz esa misma mañana.

—Qué extraño —me interrumpió, después de escuchar un rato—. Pero déjalo ya, hombre horrible. Qué tonterías estás diciendo... Dime, ¿me veo morada?

—¡Te ves perfecta, y no morada! —observé, aprovechando la oportunidad para hacerle un cumplido.

—¡Hombre travieso! —dijo complacida—. Pobre Iván Matvéitch —añadió un minuto después, inclinando la cabeza coquetamente—. Realmente lo siento por él. ¡Oh, Dios! —exclamó de repente—, ¿cómo va a cenar... y... y... qué hará... si necesita algo?

—Una pregunta imprevista —respondí, perplejo a mi vez. A decir verdad, no se me había ocurrido, ¡cuánto más prácticas son las mujeres que los hombres para resolver los problemas de la vida diaria!

—¡Pobre querido! Cómo pudo meterse en tal lío... nada para entretenerlo, y en la oscuridad... Qué fastidio que no tengo una fotografía de él... Y ahora soy una especie de viuda —añadió, con una sonrisa seductora, evidentemente interesada en su nueva posición—. ¡Hm!... Aunque lo siento por él.

Fue, en resumen, la expresión del dolor muy natural e inteligible de una joven e interesante esposa por la pérdida de su marido. Finalmente, la llevé a casa, la tranquilicé, y después de cenar con ella y beber una taza de café aromático, me dirigí a las seis en punto a casa de Timofey Semyonitch, calculando que a esa hora todas las personas casadas y de hábitos establecidos estarían sentadas o acostadas en casa.

Habiendo escrito este primer capítulo en un estilo apropiado al incidente narrado, tengo la intención de proceder en un lenguaje más natural, aunque menos elevado, y ruego advertir al lector de este hecho.

II

El venerable Timofey Semyonitch me recibió con cierta nerviosidad, como si estuviera algo avergonzado. Me llevó a su pequeño estudio y cerró la puerta con cuidado, "para que los niños no nos molesten", añadió con evidente inquietud. Allí me hizo sentarme en una silla junto a la mesa de escribir, se sentó él mismo en un sillón, envolvió con él las faldas de su viejo batín acolchado y asumió un aire oficial e incluso severo, preparado para cualquier cosa, aunque no era mi jefe ni el de Iván Matvéitch, y hasta entonces había sido considerado un colega e incluso un amigo.

— Antes que nada — dijo —, tenga en cuenta que no soy una persona con autoridad, sino solo un funcionario subordinado como tú y como Iván Matvéitch... No tengo nada que ver con esto y no tengo la intención de involucrarme en el asunto.

Me sorprendió descubrir que aparentemente ya sabía todo al respecto. A pesar de eso, le conté toda la historia en detalle. Hablé con verdadera emoción, pues en ese momento estaba cumpliendo con las obligaciones de un verdadero amigo. Él escuchó sin especial sorpresa, pero con evidentes signos de sospecha.

— Imagínate — dijo —, siempre creí que esto seguramente le sucedería a él.

— ¿Por qué, Timofey Semyonitch? Es un incidente muy inusual en sí mismo...

— Lo admito. Pero toda la carrera de Iván Matvéitch en el servicio llevaba a este final. Era volátil, presumido en realidad. Siempre se trataba de "progreso" y de ideas de todo tipo, ¡y esto es lo que el progreso lleva a la gente!

—Pero esto es un incidente muy inusual y no puede servir como una regla general para todos los progresistas.

—Sí, sí puede. Verás, es el efecto del exceso de educación, te lo aseguro. Porque el exceso de educación lleva a la gente a meter sus narices en todo tipo de lugares, especialmente donde no los invitan. Aunque tal vez tú sepas mejor —añadió, como ofendido—. Soy un hombre viejo y no tengo mucha educación. Comencé como hijo de soldado, y este año ha sido el jubileo de mi servicio.

—Oh, no, Timofey Semyonitch, para nada. Al contrario, Iván Matvéitch está ansioso por tu consejo; está deseoso de tu guía. Lo implora, por así decirlo, con lágrimas.

—Por así decirlo, con lágrimas. ¡Hm! Esas son lágrimas de cocodrilo y no se puede creer del todo en ellas. Dime, ¿qué le impulsó a querer ir al extranjero? ¿Y cómo pudo permitírselo? ¡No tiene medios privados!

—Ahorró el dinero de su último bono —respondí lastimeramente—. Solo quería ir por tres meses... a Suiza... a la tierra de Guillermo Tell.

—¿Guillermo Tell? ¡Hm!

—Quería recibir la primavera en Nápoles, ver los museos, las costumbres, los animales...

—¡Hm! ¡Los animales! Creo que fue simplemente por orgullo. ¿Qué animales? ¡Animales, de verdad! ¿No tenemos suficientes animales? Tenemos museos, zoológicos, camellos. ¡Hay osos muy cerca de Petersburgo! Y aquí se ha metido él mismo en un cocodrilo...

—¡Vamos, Timofey Semyonitch! El hombre está en problemas, el hombre acude a ti como a un amigo, como a un pariente mayor, suplica consejo, ¡y tú lo reprochas! Ten piedad al menos de la desafortunada Elena Ivanovna.

—¿Hablas de su esposa? Una encantadora damita —dijo Timofey Semyonitch, visiblemente suavizado y tomando una pizca de rapé con gusto—. Particularmente atractiva. Y tan rellenita, siempre inclinando su linda cabe-cita... Muy agradable. Andrey Osipitch hablaba de ella el otro día.

—¿Hablabas de ella?

—Sí, y en términos muy halagadores. Qué busto, dijo, qué ojos, qué cabello... Una golosina, dijo, no una dama, y luego se rió. Es todavía un hombre joven, por supuesto — Timofey Semyonitch se sonó la nariz con fuerza —. Y sin embargo, a pesar de ser joven, qué carrera está haciendo para sí mismo.

—Eso es algo completamente diferente, Timofey Semyonitch.

—Por supuesto, por supuesto.

—Entonces, ¿qué dices, Timofey Semyonitch?

—Bueno, ¿qué puedo hacer?

—Dar consejo, guía, como hombre de experiencia, como pariente. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué pasos debemos tomar? ¿Ir a las autoridades y...?

—¿A las autoridades? Claro que no —respondió apresuradamente Timofey Semyonitch—. Si me pides consejo, es mejor, ante todo, mantener el asunto en silencio y actuar, por así decirlo, como una persona privada. Es un incidente sospechoso, completamente inaudito. Inaudito, sobre todo; no hay precedentes para ello, y está lejos de ser digno... Y por eso, la discreción ante todo... Que se quede allí un rato. Debemos esperar y ver...

—Pero, ¿cómo podemos esperar y ver, Timofey Semyonitch? ¿Y si se asfixia allí?

—¿Por qué debería? Creo que me dijiste que se había acomodado bastante bien allí.

Le conté toda la historia nuevamente. Timofey Semyonitch reflexionó.

—¡Hm! —dijo, girando su tabaquera en las manos—. En mi opinión, realmente es bueno que se quede allí un poco, en lugar de ir al extranjero. Que reflexione a su antojo. Por supuesto, no debe asfixiarse, por lo que debe tomar medidas para preservar su salud, evitando la tos, por ejemplo, y así sucesivamente... Y en cuanto al alemán, es mi opinión personal que está en su derecho, y más aún que la otra parte, porque fue la otra parte quien se metió en su cocodrilo sin pedir permiso, y no él quien se metió en el cocodrilo de Iván Matvéitch sin pedir permiso, aunque, hasta donde recuerdo, este último no tiene cocodrilo. Y un cocodrilo es propiedad privada, por lo que es imposible abrirlo sin compensación.

—Para salvar una vida humana, Timofey Semyonitch.

—Oh, bueno, eso es asunto de la policía. Debes ir a ellos.

—Pero Iván Matvéitch puede ser necesario en el departamento. Pueden pedir por él.

—¿Iván Matvéitch necesario? ¡Ja-ja! Además, está de permiso, así que podemos ignorarlo; que inspeccione los países de Europa. Será un asunto diferente si no se presenta cuando termine su permiso. Entonces preguntaremos por él y haremos averiguaciones.

—¡Tres meses! ¡Timofey Semyonitch, por piedad!

—Es su propia culpa. Nadie lo metió allí a la fuerza. A este ritmo, tendríamos que conseguir una niñera para que lo cuide a expensas del gobierno, y eso no está permitido en los reglamentos. Pero el punto principal es que el cocodrilo es propiedad privada, por lo que los principios de la economía se aplican en esta cuestión. Y los principios de la economía son fundamentales. Justo la otra noche, en casa de Luka Andreitch, Ignaty Prokofyitch decía lo mismo. ¿Conoces a Ignaty Prokofyitch? Un capitalista, un gran empresario, y habla con mucha fluidez. "Necesitamos desarrollo industrial", dijo; "hay muy poco desarrollo entre nosotros. Debemos crearlo. Debemos crear capital, así que debemos crear una clase media, la llamada burguesía. Y como no tenemos capital, debemos atraerlo del extranjero. Primero, debemos facilitar que las compañías extranjeras compren tierras en Rusia, como se hace ahora en el extranjero. La propiedad comunal de la tierra es veneno, es ruina". Y, ya sabes, hablaba con tanto fervor; bueno, eso está bien para él, un hombre rico, y no en el servicio. "Con el sistema comunal", dijo, "no habrá mejora en el desarrollo industrial ni en la agricultura. Las compañías extranjeras", dijo, "deben, en la medida de lo posible, comprar toda nuestra tierra en grandes lotes, y luego dividirla, dividirla, dividirla en las partes más pequeñas posibles", y, ¿sabes? Pronunció las palabras "dividirla" con tanta determinación, "y luego venderla como propiedad privada. O mejor dicho, no venderla, sino simplemente arrendarla. Cuando", dijo, "toda la tierra esté en manos de compañías extranjeras, podrán fijar cualquier renta que deseen. Y así el campesino trabajará tres veces más por su pan diario y podrá ser desalojado a voluntad. Para que lo sienta, será sumiso e industrial, y trabajará tres veces más por el mismo salario. Pero tal como está, con la comuna, ¿qué le importa? Sabe que no morirá de hambre, así

que es perezoso y borracho. Y mientras tanto, el dinero será atraído a Rusia, se creará capital y surgirá la burguesía. El periódico político y literario inglés, *The Times*, en un artículo el otro día sobre nuestras finanzas, afirmó que la razón por la cual nuestra situación financiera es tan insatisfactoria es que no tenemos clase media, no hay grandes fortunas, ni un proletariado complaciente". Ignaty Prokofyitch habla bien. Es un orador. Quiere presentar un informe sobre el tema a las autoridades, y luego publicarlo en las Noticias. Eso es algo muy diferente a los versos de Iván Matvéitch...

—Pero, ¿qué hay de Iván Matvéitch? —intervine, después de dejar que el anciano divagara.

A Timofey Semyonitch a veces le gustaba hablar y demostrar que no estaba atrasado en los tiempos, sino que conocía bien las cosas.

—¿Qué hay de Iván Matvéitch? Pues bien, a eso voy. Aquí estamos, ansiosos por atraer capital extranjero al país, y solo piensa: tan pronto como el capital de un extranjero, que ha sido atraído a Petersburgo, se ha duplicado gracias a Iván Matvéitch, en lugar de proteger al capitalista extranjero, proponemos abrir el vientre de su capital original, el cocodrilo. ¿Es consistente? En mi opinión, Iván Matvéitch, como verdadero hijo de su patria, debería alegrarse y sentirse orgulloso de que gracias a él el valor de un cocodrilo extranjero se haya duplicado y posiblemente incluso triplicado. Eso es precisamente lo que se necesita para atraer capital. Si un hombre tiene éxito, fíjate, otro vendrá con un cocodrilo, y un tercero traerá dos o tres a la vez, y el capital crecerá a su alrededor; ahí tienes una burguesía. Hay que fomentarlo.

—¡Por Dios, Timofey Semyonitch! —grité—. Estás exigiendo casi un sacrificio sobrenatural del pobre Iván Matvéitch.

—Yo no exijo nada, y te ruego, ante todo, como ya he dicho, que recuerdes que no soy una persona con autoridad y, por lo tanto, no puedo exigir nada a nadie. Hablo como un hijo de la patria, es decir, no como el Hijo de la Patria, sino como un hijo de la patria. Además, ¿qué lo poseía para meterse en el cocodrilo? Un hombre respetable, un hombre de buen rango en el servicio, legalmente casado, ¡y luego comportarse así! ¿Es consistente?

—Pero fue un accidente.

—¿Quién sabe? ¿Y de dónde saldrá el dinero para compensar al propietario?

—Quizás de su salario, Timofey Semyonitch.

—¿Sería suficiente?

—No, no lo sería, Timofey Semyonitch —respondí con tristeza—. Al principio, el propietario estaba alarmado de que el cocodrilo reventara, pero tan pronto como estuvo seguro de que todo estaba bien, comenzó a fanfarronear y se alegró al pensar que podría duplicar el precio de entrada.

—¡Triplicar y cuadruplicar tal vez! El público simplemente se precipitará al lugar ahora, y los dueños de cocodrilos son gente astuta. Además, aún no es Cuaresma, y la gente está ávida de diversiones, así que digo de nuevo, lo más importante es que Iván Matvéitch mantenga su incógnito, que no se apresure. Que todos sepan, tal vez, que está en el cocodrilo, pero no dejemos que se informe oficialmente. Iván Matvéitch está en circunstancias particularmente favorables para eso, ya que se supone que está en el extranjero. Se dirá que está en el cocodrilo, y nosotros nos negaremos a creerlo. Así es como se puede manejar. Lo más importante es que espere; y ¿por qué debería apresurarse?

—Bueno, pero si...

—No te preocupes, tiene una buena constitución...

—Bueno, ¿y después, cuando haya esperado?

—Bueno, no te ocultaré que el caso es excepcional en el más alto grado. No se sabe qué pensar de él, y lo peor es que no hay precedente. Si tuviéramos un precedente, podríamos tener algo en qué basarnos. Pero tal como está, ¿qué se puede decir? Sin duda, llevará tiempo resolverlo.

Un pensamiento feliz iluminó mi mente.

—¿No podemos arreglar —dije— que si está destinado a permanecer en las entrañas del monstruo y es la voluntad de la Providencia que permanezca vivo, que envíe una petición para ser considerado aún en servicio?

—Hm... Posiblemente como de permiso y sin salario...

—¿Pero no podría ser con salario?

—¿En qué fundamentos?

—Como enviado en una comisión especial.

—¿Qué comisión y dónde?

—Pues, en las entrañas, las entrañas del cocodrilo... Por así decirlo, para la exploración, para la investigación de los hechos en el lugar. Sería, por supuesto, una novedad, pero eso es progresista y al mismo tiempo mostraría celo por la ilustración.

Timofey Semyonitch reflexionó un poco.

—Enviar a un funcionario especial —dijo al fin— al interior de un cocodrilo para llevar a cabo una investigación especial es, en mi opinión personal, un absurdo. No está en los reglamentos. ¿Y qué tipo de investigación especial podría haber allí?

—El estudio científico de la naturaleza en el lugar, en el sujeto vivo. Las ciencias naturales están de moda hoy en día, la botánica... Podría vivir allí y reportar sus observaciones... Por ejemplo, sobre la digestión o simplemente los hábitos. Para acumular datos.

—Quieres decir como estadísticas. Bueno, no soy una gran autoridad en ese tema, de hecho, no soy filósofo en absoluto. Dices 'datos', estamos abrumados con datos como están las cosas, y no sabemos qué hacer con ellos. Además, las estadísticas son un peligro.

—¿De qué manera?

—Son un peligro. Además, admitirás que reportará datos, por así decirlo, tumbado como un tronco. Y, ¿puede uno cumplir con sus deberes oficiales tumbado como un tronco? Eso sería otra novedad y una peligrosa; y de nuevo, no hay precedentes para ello. Si tuviéramos algún tipo de precedente para ello, entonces, a mi parecer, se le podría haber dado el trabajo.

—Pero no se han traído cocodrilos vivos hasta ahora, Timofey Semyonitch.

—Hm... sí —reflexionó nuevamente—. Tu objeción es justa, si lo prefieres, y podría servir como base para llevar el asunto más allá; pero considera de nuevo, que si con la llegada de cocodrilos vivos los funcionarios del gobierno comienzan a desaparecer, y luego, basándose en que están cálidos y

cómodos allí, esperan recibir la sanción oficial para su posición, y luego se relajan allí... debes admitir que sería un mal ejemplo. Tendríamos a todos tratando de ir por el mismo camino para obtener un salario sin hacer nada.

— Haz lo mejor que puedas por él, Timofey Semyonitch. Por cierto, Iván Matvéitch me pidió que te entregara siete rublos que te había perdido en el juego de cartas.

— Ah, los perdió el otro día en casa de Nikifor Nikiforitch. Lo recuerdo. Y qué alegre y divertido estaba... ¡y ahora!

El anciano estaba genuinamente conmovido.

— ¡Intercede por él, Timofey Semyonitch!

— Haré lo mejor que pueda. Hablaré en mi propio nombre, como una persona privada, como si estuviera pidiendo información. Y mientras tanto, averigua indirectamente, de manera no oficial, cuánto estaría dispuesto a aceptar el propietario por su cocodrilo.

Timofey Semyonitch estaba visiblemente más amistoso.

— Ciertamente —respondí—. Y volveré enseguida para informarte.

— Y su esposa... ¿está sola ahora? ¿Está deprimida?

— Deberías visitarla, Timofey Semyonitch.

— Lo haré. Pensé en hacerlo antes; es una buena oportunidad... Y ¿qué demonios le llevó a ir a ver el cocodrilo? Aunque, de hecho, me gustaría verlo yo mismo.

— Ve a ver al pobre hombre, Timofey Semyonitch.

— Lo haré. Por supuesto, no quiero darle esperanzas al hacerlo. Iré como una persona privada... Bueno, adiós, voy de nuevo a casa de Nikifor Nikiforitch; ¿estarás allí?

— No, voy a ver al pobre prisionero.

— ¡Sí, ahora es un prisionero!... ¡Ah, eso es lo que pasa por la imprudencia!

Me despedí del anciano. Las ideas de todo tipo vagaban por mi mente. Timofey Semyonitch era un hombre bondadoso y muy honesto, pero al dejarlo, me sentí complacido al pensar que había celebrado su quincuagésimo

año de servicio, y que los Timofey Semyonitchs son ahora una rareza entre nosotros. Volé de inmediato, por supuesto, a la Arcada para contarle a Iván Matvéitch todas las novedades. Y, de hecho, sentía curiosidad por saber cómo se las arreglaba dentro del cocodrilo y cómo era posible vivir en un cocodrilo. Y, en efecto, ¿era posible vivir en un cocodrilo en absoluto? A veces, realmente me parecía como si todo fuera un sueño extravagante y monstruoso, especialmente porque una criatura monstruosa era la figura principal en él.

III

Y, sin embargo, no era un sueño, sino un hecho real e indudable. ¿Estaría contando la historia si no lo fuera? Pero continuemos.

Era tarde, alrededor de las nueve, cuando llegué a la Arcada, y tuve que entrar en la sala del cocodrilo por la puerta trasera, ya que el alemán había cerrado la tienda más temprano de lo habitual esa noche. Ahora, en la intimidad de su hogar, caminaba con un viejo frac grasiento, pero parecía tres veces más complacido que por la mañana. Evidentemente, ya no tenía aprensiones, y el público había venido "mucho más". La Mutter salió más tarde, evidentemente para vigilarme. El alemán y la Mutter susurraban frecuentemente entre ellos. Aunque la tienda estaba cerrada, me cobró un cuarto de rublo. ¡Qué exactitud innecesaria!

—Pagarás cada vez; el público pagará un rublo, y tú pagarás un cuarto; porque eres el buen amigo de tu buen amigo; y yo respeto a un amigo...

—¿Estás vivo, estás vivo, mi culto amigo? —grité, al acercarme al cocodrilo, esperando que mis palabras llegaran a Iván Matvéitch desde la distancia y halagaran su vanidad.

—Vivo y bien —respondió, como si estuviera muy lejos o debajo de la cama, aunque yo estaba parado justo al lado de él—. Vivo y bien; pero de eso hablaremos más tarde... ¿Cómo van las cosas?

Como si no oyera la pregunta, estaba a punto de empezar a preguntarle con simpatía cómo estaba, cómo era estar en el cocodrilo y qué había dentro de un cocodrilo. Tanto la amistad como la cortesía común exigían esto. Pero con fastidiosa irritación, me interrumpió.

—¿Cómo van las cosas? —gritó, con una voz chillona y en esta ocasión particularmente repugnante, dirigiéndose a mí perentoriamente como de costumbre.

Le describí toda mi conversación con Timofey Semyonitch con el más mínimo detalle. Mientras contaba mi historia, traté de mostrar mi resentimiento en mi voz.

—El anciano tiene razón —pronunció Iván Matvéitch con su habitual brusquedad en su conversación conmigo—. Me gustan las personas prácticas, y no soporto a los sentimentales blandengues. Sin embargo, estoy dispuesto a admitir que tu idea sobre una comisión especial no es del todo absurda. Ciertamente tengo mucho que informar, tanto desde un punto de vista científico como ético. Pero ahora todo esto ha tomado un nuevo y inesperado aspecto, y no vale la pena preocuparse por un simple salario. Escucha atentamente. ¿Estás sentado?

—No, estoy de pie.

—Siéntate en el suelo si no hay otra cosa, y escucha atentamente.

Resentido, tomé una silla y la coloqué en el suelo con un golpe, en mi enojo.

—Escucha —comenzó dictatorialmente—. El público vino hoy en masa. No había lugar en la tarde, y la policía tuvo que venir para mantener el orden. A las ocho, es decir, más temprano de lo habitual, el propietario consideró necesario cerrar la tienda y terminar la exhibición para contar el dinero recaudado y prepararse para mañana de manera más conveniente. Así que sé que mañana habrá una verdadera feria. Por lo tanto, podemos suponer que todas las personas más cultas de la capital, las damas de la mejor sociedad, los embajadores extranjeros, los abogados más destacados y demás, estarán presentes. Además, la gente fluirá aquí desde las provincias más remotas de nuestro vasto e interesante imperio. El resultado es que soy el centro de atención, y aunque oculto a la vista, soy eminente. Enseñaré a la multitud ociosa. Enseñado por la experiencia, seré un ejemplo de grandeza y resignación ante el destino. Seré, por así decirlo, un púlpito desde el cual instruir a la humanidad. Los simples detalles biológicos que puedo proporcionar sobre el monstruo en el que habito son de un valor incalculable. Y así, lejos de lamentar lo sucedido, confío en la carrera más brillante.

—¿No te resultará aburrido? —pregunté sarcásticamente.

Lo que más me irritaba era la extrema pomposidad de su lenguaje. No obstante, todo aquello me desconcertaba un poco. "¿Qué demonios puede

encontrar este frívolo cabeza hueca para estar tan engreído?", murmuré para mí mismo. "Debería estar llorando en lugar de estar engreído".

—¡No! —respondió él a mi observación con brusquedad—, porque estoy lleno de grandes ideas, solo ahora puedo meditar a mi antojo sobre la mejora de la condición de la humanidad. La verdad y la luz saldrán ahora del cocodrilo. Sin duda desarrollaré una nueva teoría económica propia y estaré orgulloso de ella, cosa que hasta ahora mis deberes oficiales y las distracciones triviales me han impedido hacer. Refutaré todo y seré un nuevo Fourier. Por cierto, ¿le diste los siete rublos a Timofey Semyonitch?

—Sí, de mi propio bolsillo —respondí, tratando de enfatizar ese hecho en mi voz.

—Lo arreglaremos —respondió con altanería—. Confío en que me aumenten el salario, porque ¿quién debería recibir un aumento si no yo? Ahora soy de la máxima utilidad. Pero vayamos al grano. ¿Mi esposa?

—Supongo que te refieres a Elena Ivanovna.

—¿Mi esposa? —gritó, esta vez con un chillido positivo.

¡No había ayuda posible! Humildemente, aunque rechinando los dientes, le conté cómo había dejado a Elena Ivanovna. Ni siquiera me dejó terminar.

—Tengo planes especiales respecto a ella —empezó con impaciencia—. Si yo soy celebrado aquí, quiero que ella sea celebrada allí. Sabios, poetas, filósofos, mineralogistas extranjeros, estadistas, después de conversar por la mañana conmigo, visitarán su salón por la noche. A partir de la próxima semana, ella debe tener una "recepción" todas las noches. Con mi salario duplicado, tendremos los medios para entretener, y como la diversión no debe ir más allá del té y los lacayos contratados, eso está resuelto. Tanto aquí como allí hablarán de mí. Durante mucho tiempo he deseado ser el tema de conversación, pero no podía lograrlo, atado por mi humilde posición y bajo rango en el servicio. Y ahora todo esto se ha logrado con un simple trago por parte del cocodrilo. Cada palabra mía será escuchada, cada declaración será pensada, repetida, impresa. ¡Y les enseñaré lo que valgo! Al fin entenderán qué habilidades han permitido desaparecer en las entrañas de un monstruo. "Este hombre podría haber sido Ministro de Relaciones Exteriores o podría haber gobernado un reino", dirán algunos. "Y ese hombre no gobernó un reino", dirán otros. ¿En qué soy inferior a un Garnier-Page-

sishky o como se llamen? Mi esposa debe ser una digna segunda—yo tengo cerebro, ella tiene belleza y encanto. "Ella es hermosa, y por eso es su esposa", dirán algunos. "Ella es hermosa porque es su esposa", enmendarán otros. Para estar lista para cualquier cosa, que Elena Ivanovna compre mañana la Enciclopedia editada por Andrey Kraevsky, para que pueda conversar sobre cualquier tema. Sobre todo, que se asegure de leer el editorial político en las Noticias de Petersburgo, comparándolo todos los días con La Voz. Me imagino que el propietario consentirá en llevarme a veces con el cocodrilo al brillante salón de mi esposa. Estaré en un tanque en medio del magnífico salón, y destellaré con ingeniosidades que prepararé por la mañana. A los estadistas les impartiré mis proyectos; al poeta le hablaré en verso; con las damas podré ser divertido y encantador sin impropiedad, ya que no representaré un peligro para la paz mental de sus maridos. A todos los demás les serviré de ejemplo de resignación ante el destino y la voluntad de la Providencia. Haré de mi esposa una brillante dama literaria; la presentaré y la explicaré al público; como mi esposa, debe estar llena de las más sorprendentes virtudes; y si tienen razón en llamar a Andrey Alexandrovitch nuestro Alfred de Musset ruso, tendrán aún más razón en llamarla nuestra Yevgenia Tour rusa.

Debo confesar que, aunque estas tonterías desmesuradas eran bastante habituales en el estilo de Iván Matvéitch, sí me ocurrió que estaba febril y delirando. Era el mismo Iván Matvéitch de siempre, pero magnificado veinte veces.

—Amigo mío —le pregunté—, ¿esperas vivir mucho tiempo? Dime, en realidad, ¿estás bien? ¿Cómo comes, cómo duermes, cómo respiras? Soy tu amigo, y debes admitir que el incidente es de lo más antinatural y, por lo tanto, mi curiosidad es de lo más natural.

—Curiosidad ociosa y nada más —pronunció sentenciosamente—, pero quedarás satisfecho. Preguntas cómo me las arreglo en las entrañas del monstruo. Para empezar, el cocodrilo, para mi diversión, resulta estar perfectamente vacío. Su interior consiste en una especie de enorme saco vacío hecho de gutapercha, como los productos elásticos que se venden en la calle Gorohovy, en la Morskaya, y, si no me equivoco, en la avenida Voznesensky. De lo contrario, si lo piensas, ¿cómo podría encontrar espacio?

—¿Es posible? —grité, con una sorpresa comprensible—. ¿Puede estar el cocodrilo perfectamente vacío?

—Perfectamente —mantuvo Iván Matvéitch con firmeza e impresionante seriedad—. Y con toda probabilidad, está construido así por las leyes de la Naturaleza. El cocodrilo no posee nada más que mandíbulas equipadas con dientes afilados, y además de las mandíbulas, una cola de considerable longitud, eso es todo, propiamente dicho. La parte media entre estos dos extremos es un espacio vacío encerrado por algo de la naturaleza de la gutapercha, probablemente realmente gutapercha.

—¿Pero las costillas, el estómago, los intestinos, el hígado, el corazón? —interrumpí bastante enojado.

—No hay nada, absolutamente nada de todo eso, y probablemente nunca lo ha habido. Todo eso es la fantasía ociosa de viajeros frívolos. Así como uno infla un cojín de aire, yo ahora, con mi persona, estoy inflando el cocodrilo. Es increíblemente elástico. De hecho, podrías, como amigo de la familia, entrar conmigo si fueras lo suficientemente generoso y abnegado, y aún con tu presencia aquí, quedaría espacio de sobra. Incluso pienso que, en última instancia, podría enviar a buscar a Elena Ivanovna. Sin embargo, esta formación vacía y hueca del cocodrilo está en consonancia con las enseñanzas de la ciencia natural. Si, por ejemplo, uno tuviera que construir un nuevo cocodrilo, naturalmente se presentaría la pregunta. ¿Cuál es la característica fundamental del cocodrilo? La respuesta es clara: tragar seres humanos. ¿Cómo se puede asegurar, al construir el cocodrilo, que trague personas? La respuesta es aún más clara: construyéndolo hueco. La física estableció hace tiempo que la naturaleza aborrece el vacío. Por lo tanto, el interior del cocodrilo debe ser hueco para que pueda aborrecer el vacío y, en consecuencia, tragarse y llenarse con cualquier cosa que encuentre. Y esa es la única razón racional por la que todos los cocodrilos tragan personas. No es lo mismo en la constitución del hombre: cuanto más vacío está la cabeza de un hombre, por ejemplo, menos siente la sed de llenarla, y esa es la única excepción a la regla general. Todo esto es tan claro como el día para mí ahora. Lo he deducido por mi propia observación y experiencia, estando, por así decirlo, en las mismas entrañas de la Naturaleza, en su retorta, escuchando el latido de su pulso. Incluso la etimología me respalda, porque la misma palabra cocodrilo significa voracidad. Cocodrilo—crocodillo—es evidentemente una palabra italiana, que data quizás de los faraones egipcios, y evidentemente de-

rivada del verbo francés *croquer*, que significa comer, devorar, en general, absorber alimento. Todas estas observaciones pienso presentarlas en mi primera conferencia en el salón de Elena Ivanovna cuando me lleven allí en el tanque.

— Amigo mío, ¿no deberías al menos tomar algún purgante? — grité involuntariamente.

— ¡Está en fiebre, fiebre, está febril! — repetí para mis adentros alarmado.

— ¡Tonterías! — respondió con desprecio—. Además, en mi posición actual sería muy inconveniente. Sin embargo, sabía que seguro hablarías de tomar medicinas.

— Pero, amigo mío, ¿cómo... cómo tomas alimentos ahora? ¿Has cenado hoy?

— No, pero no tengo hambre, y lo más probable es que nunca vuelva a comer. Y eso también es bastante natural; llenando todo el interior del cocodrilo, le hago sentir siempre lleno. Ahora no necesitará ser alimentado durante algunos años. Por otro lado, al nutrirse de mí, naturalmente me impartirá todos los jugos vitales de su cuerpo; es lo mismo que con algunas coquetas consumadas que se embuten ellas mismas y toda su persona durante la noche en filetes crudos, y luego, después de su baño matutino, están frescas, flexibles, lozanas y fascinantes. De esa manera, al nutrir al cocodrilo, yo mismo obtengo alimento de él, por lo tanto, nos nutrimos mutuamente. Pero como es difícil incluso para un cocodrilo digerir a un hombre como yo, sin duda debe ser consciente de un cierto peso en su estómago— un órgano que, sin embargo, no posee— y por eso, para evitar causar sufrimiento a la criatura, no me doy vuelta a menudo, y aunque podría hacerlo, no lo hago por motivos humanitarios. Este es el único inconveniente de mi posición actual, y en un sentido alegórico Timofey Semyonitch tenía razón al decir que estaba tumbado como un tronco. Pero probaré que incluso tumbado como un tronco— es más, solo tumbado como un tronco— uno puede revolucionar la suerte de la humanidad. Todas las grandes ideas y movimientos de nuestros periódicos y revistas evidentemente han sido obra de hombres que estaban tumbados como troncos; por eso los llaman divorciados de las realidades de la vida, ¡pero qué importa que digan eso! Estoy construyendo ahora un sistema completo propio, y no creerías lo fácil que es. Solo tienes que meterte en un rincón apartado o en un cocodrilo, cerrar los ojos y

de inmediato idearás un milenio perfecto para la humanidad. Cuando te fuiste esta tarde, me puse a trabajar de inmediato y ya he inventado tres sistemas, ahora estoy preparando el cuarto. Es cierto que al principio uno debe refutar todo lo anterior, pero desde el cocodrilo es tan fácil refutarlo; además, todo se vuelve más claro visto desde dentro del cocodrilo... Hay algunos inconvenientes, aunque pequeños, en mi posición; aquí es algo húmedo y está cubierto con una especie de baba; además, hay un olor a goma, como el olor de mis viejas galochas. Eso es todo, no hay otros inconvenientes.

—Iván Matvéitch —interrumpí—, todo esto es un milagro en el que apenas puedo creer. ¿Y puedes, puedes tener la intención de no cenar nunca más?

—¡Qué tonterías triviales te preocupan, criatura irreflexiva y frívola! Te hablo de grandes ideas, y tú... Entiende que estoy suficientemente nutrido por las grandes ideas que iluminan la oscuridad en la que estoy envuelto. Sin embargo, el bondadoso propietario ha decidido, después de consultar con la amable Mutter, que cada mañana insertarán en las mandíbulas del monstruo un tubo de metal doblado, algo parecido a una pipa de silbato, por medio del cual podré absorber café o caldo con pan empapado en él. El tubo ya ha sido encargado en el vecindario, pero creo que esto es un lujo superfluo. Espero vivir al menos mil años, si es cierto que los cocodrilos viven tanto tiempo, lo cual, por cierto—qué bueno que se me ocurrió—deberías investigar en algún libro de historia natural mañana y decírmelo, porque puede que me haya equivocado y lo haya confundido con algún monstruo excavado. Solo hay una reflexión que me preocupa: como estoy vestido con ropa de tela y llevo botas, el cocodrilo obviamente no puede digerirme. Además, estoy vivo, y así estoy oponiéndome al proceso de digestión con toda mi fuerza de voluntad; porque puedes entender que no deseo ser convertido en lo que toda la comida se convierte, pues eso sería demasiado humillante para mí. Pero hay una cosa que temo: en mil años, la tela de mi abrigo, desafortunadamente de fabricación rusa, puede deteriorarse, y entonces, al quedar sin ropa, podría, quizás, a pesar de mi indignación, empezar a ser digerido; y aunque de día nada me induciría a permitirlo, por la noche, en mi sueño, cuando la voluntad de un hombre lo abandona, podría verme atrapado por el humillante destino de una papa, un panqueque o una ternera. Tal idea me enfurece. Esto por sí solo es un argumento para la revisión del arancel y el fomento de la importación de tela inglesa, que es más

fuerte y, por lo tanto, resistirá más tiempo a la naturaleza cuando uno es tragado por un cocodrilo. A la primera oportunidad transmitiré esta idea a algún estadista y al mismo tiempo a los escritores políticos de nuestros diarios de Petersburgo. Que lo publiquen en el extranjero. Confío en que esta no será la única idea que tomen de mí. Preveo que todas las mañanas una multitud regular de ellos, provistos de cuartos de rublo de la oficina editorial, se agolparán alrededor mío para captar mis ideas sobre los telegramas del día anterior. En resumen, el futuro se me presenta bajo la luz más rosada.

— ¡Fiebre, fiebre! —susurré para mí mismo.

— Amigo mío, ¿y la libertad? —pregunté, deseando conocer a fondo sus opiniones—. Estás, por así decirlo, en prisión, mientras que todo hombre tiene derecho al disfrute de la libertad.

— Eres un tonto —respondió—. Los salvajes aman la independencia, los sabios aman el orden; y si no hay orden...

— ¡Iván Matvéitch, por favor!

— ¡Cierra la boca y escucha! —chilló, molesto por mi interrupción—. Nunca ha volado mi espíritu como ahora. En mi estrecho refugio solo hay una cosa que temo: las críticas literarias de las revistas y el silbido de nuestros periódicos satíricos. Temo que los visitantes irreflexivos, las personas estúpidas y envidiosas y los nihilistas en general, puedan ridiculizarme. Pero tomaré medidas. Estoy esperando con impaciencia la respuesta del público mañana, y especialmente la opinión de los periódicos. Debes contarme sobre los periódicos mañana.

— Muy bien; mañana traeré un montón de periódicos conmigo.

— Mañana es demasiado pronto para esperar informes en los periódicos, pues se necesitarán cuatro días para que se anuncie. Pero a partir de hoy ven a verme todas las noches por la entrada trasera a través del patio. Tengo la intención de emplearte como mi secretario. Leerás los periódicos y revistas para mí, y yo te dictaré mis ideas y te daré encargos. Ten especial cuidado de no olvidar los telegramas extranjeros. Que todos los telegramas europeos estén aquí todos los días. Pero basta; lo más probable es que ya estés soñoliento. Vete a casa y no pienses en lo que dije hace un momento sobre las críticas: no les temo, porque los críticos mismos están en una posición críti-

ca. Solo hay que ser sabio y virtuoso y uno seguramente llegará a un pedestal. Si no como Sócrates, entonces como Diógenes, o quizás ambos juntos, ese es mi futuro rol entre la humanidad.

Tan frívola y jactanciosamente se apresuraba a expresarse Iván Matvéitch ante mí, como mujeres febriles y de voluntad débil que, según nos dice el proverbio, no pueden guardar un secreto. Todo lo que me contó sobre el cocodrilo me parecía sumamente sospechoso. ¿Cómo era posible que el cocodrilo estuviera absolutamente vacío? No me importaría apostar que estaba fanfarroneando por vanidad y en parte para humillarme. Es cierto que estaba enfermo y uno debe ser indulgente con los enfermos; pero debo confesar francamente, nunca pude soportar a Iván Matvéitch. He estado tratando toda mi vida, desde niño, de escapar de su tutela y no he podido. Miles de veces he tenido la tentación de romper con él por completo, y cada vez me he sentido atraído hacia él de nuevo, como si todavía esperara probarle algo o vengarme de él. ¡Qué cosa tan extraña, la amistad! Puedo afirmar positivamente que nueve décimas partes de mi amistad por él estaban hechas de malicia. Sin embargo, en esta ocasión nos despedimos con sentimientos genuinos.

— ¡Tu amigo es un hombre muy inteligente! — me dijo el alemán en un susurro mientras se movía para acompañarme a la salida; había estado escuchando atentamente toda nuestra conversación.

— A propósito — dije —, ya que lo pienso: ¿cuánto pedirías por tu cocodrilo en caso de que alguien quisiera comprarlo?

Iván Matvéitch, que oyó la pregunta, esperaba con curiosidad la respuesta; era evidente que no quería que el alemán pidiera demasiado poco; de todos modos, se aclaró la garganta de una manera peculiar al escuchar mi pregunta.

Al principio, el alemán no quería escuchar, estaba positivamente enfadado.

— ¡Nadie se atreverá a comprar mi cocodrilo! — gritó furioso, y se puso rojo como una langosta hervida —. ¡No quiero vender el cocodrilo! No vendería el cocodrilo ni por un millón de táleros. Hoy he recaudado ciento treinta táleros del público, y mañana recaudaré diez mil, y luego cien mil cada día. No lo venderé.

Iván Matvéitch se rió satisfecho. Controlándome, porque sentí que era mi deber hacia mi amigo, insinué fríamente y razonablemente al loco alemán que sus cálculos no eran del todo correctos, que si gana cien mil todos los días, todo Petersburgo lo habrá visitado en cuatro días, y entonces no quedará nadie para traerle rublos, que la vida y la muerte están en manos de Dios, que el cocodrilo puede reventar o Iván Matvéitch puede enfermarse y morir, y así sucesivamente.

El alemán se puso pensativo.

—Le conseguiré gotas de la farmacia —dijo, después de reflexionar— y salvaré a tu amigo para que no muera.

—Las gotas están muy bien —respondí—, pero considera también que el asunto puede llegar a los tribunales. La esposa de Iván Matvéitch puede exigir la restitución de su legítimo esposo. Tú estás pensando en hacerte rico, pero ¿piensas darle una pensión a Elena Ivanovna?

—No, no tengo intención —dijo el alemán con firme decisión.

—No, no tenemos intención —dijo la Mutter, con una malicia positiva.

—Entonces, ¿no sería mejor para ti aceptar algo ahora, de inmediato, una suma segura y sólida aunque moderada, que dejar las cosas al azar? Debo decirte que estoy inquiriendo simplemente por curiosidad.

El alemán llevó a la Mutter a un rincón para consultar con ella, donde había una caja con el mono más grande y feo de su colección.

—¡Bueno, ya verás! —dijo Iván Matvéitch.

En cuanto a mí, en ese momento estaba ardiendo con el deseo, primero, de darle una paliza al alemán, luego, de darle una aún más fuerte a la Mutter, y, tercero, de darle la paliza más fuerte de todas a Iván Matvéitch por su ilimitada vanidad. Pero todo esto palideció ante la respuesta del avaro alemán.

Después de consultar con la Mutter, pidió por su cocodrilo cincuenta mil rublos en bonos del último préstamo ruso con cupón de lotería adjunto, una casa de ladrillo en la calle Gorohovy con una farmacia adjunta, y además el rango de coronel ruso.

— ¡Lo ves! — gritó triunfante Iván Matvéitch—. ¡Te lo dije! Aparte de este último deseo insensato de obtener el rango de coronel, tiene toda la razón, pues comprende perfectamente el valor actual del monstruo que está exhibiendo. ¡El principio económico ante todo!

— ¡Por Dios! — grité furioso al alemán—. ¿Pero para qué deberías ser hecho coronel? ¿Qué hazaña has realizado? ¿Qué servicio has prestado? ¿De qué manera has ganado gloria militar? ¡Estás realmente loco!

— ¡Loco! — gritó el alemán, ofendido—. ¡No, una persona muy sensata, pero tú muy estúpido! ¡Me he merecido un coronel por haber mostrado un cocodrilo y en él un hofrath vivo sentado! ¡Y un ruso no puede mostrar un cocodrilo y un hofrath vivo en él sentado! ¡Yo extremadamente inteligente hombre y deseo mucho ser coronel!

— ¡Bueno, adiós entonces, Iván Matvéitch! — grité, temblando de furia, y salí de la sala del cocodrilo casi corriendo.

Sentí que en un minuto más no podría haber respondido por mí mismo. Las expectativas antinaturales de estos dos cabezas huecas eran insostenibles. El aire frío me refrescó y moderó un poco mi indignación. Finalmente, después de escupir vigorosamente quince veces a cada lado, tomé un coche de alquiler, llegué a casa, me desvestí y me arrojé a la cama. Lo que más me molestaba era haberme convertido en su secretario. ¡Ahora iba a morir de aburrimiento allí cada noche, cumpliendo con el deber de un verdadero amigo! Estaba dispuesto a golpearme por ello, y de hecho, después de apagar la vela y subir las sábanas, me di varios golpes en la cabeza y en varias partes del cuerpo. Eso me alivió un poco, y al fin me quedé dormido bastante bien, de hecho, pues estaba muy cansado. Toda la noche no soñé más que con monos, pero hacia la mañana soñé con Elena Ivanovna.

IV

Los monos con los que soñé, supongo, porque estaban encerrados en la vitrina del alemán; pero Elena Ivanovna era una historia diferente.

Debo decir de inmediato que amaba a la dama, pero me apresuro, de inmediato, a hacer una aclaración. La amaba como a una hija, ni más ni menos. Lo sé porque a menudo sentía un deseo irresistible de besar su cabecita o su mejilla rosada. Y aunque nunca llevé a cabo esta inclinación, no habría rechazado besar incluso sus labios. Y no solo sus labios, sino también sus dientes, que siempre brillaban tan encantadoramente como dos hileras de perlas bonitas y bien alineadas cuando reía. Reía extraordinariamente a menudo. Iván Matvéitch en momentos demostrativos solía llamarla su "absurda adoración" —un nombre extremadamente feliz y apropiado. Era una auténtica golosina, y eso era todo lo que se podía decir de ella. Por lo tanto, estoy completamente desconcertado para entender qué llevó a Iván Matvéitch a imaginar a su esposa como una Yevgenia Tour rusa. De todos modos, mi sueño, con la excepción de los monos, me dejó una impresión muy agradable, y repasando todos los incidentes del día anterior mientras tomaba mi taza de té matutina, resolví ir a ver a Elena Ivanovna de inmediato camino a la oficina, lo cual, de hecho, estaba obligado a hacer como amigo de la familia.

En un pequeño cuartito al lado del dormitorio—el llamado pequeño salón, aunque su gran salón también era pequeño—Elena Ivanovna estaba sentada, con una bata de mañana semi-transparente, en un pequeño y elegante sofá frente a una mesita de té, bebiendo café de una tacita en la que mojaba una galleta diminuta. Estaba encantadoramente hermosa, pero al mismo tiempo me pareció estar algo pensativa.

—¡Ah, eres tú, hombre travieso! —dijo, saludándome con una sonrisa distraída—. Siéntate, cabeza hueca, toma un poco de café. Bueno, ¿qué estuviste haciendo ayer? ¿Fuiste al baile de máscaras?

—¿Y tú? Sabes que no voy. Además, ayer estuve visitando a nuestro cautivo... —Suspiré y asumí una expresión piadosa mientras tomaba el café.

—¿A quién?... ¿Qué cautivo?... ¡Ah, sí! ¡Pobre hombre! Bueno, ¿cómo está? ¿Aburrido? Sabes... quería preguntarte... Supongo que ahora puedo pedir el divorcio, ¿verdad?

—¡¿Un divorcio?! —grité indignado y casi derramé el café—. "Es ese tipo moreno", pensé amargamente.

Había un cierto caballero moreno con pequeños bigotes que estaba relacionado con la arquitectura y que venía demasiado a menudo a verlos, y era extremadamente hábil en divertir a Elena Ivanovna. Debo confesar que lo odiaba y no cabía duda de que había logrado ver a Elena Ivanovna ayer, ya sea en el baile de máscaras o incluso aquí, y llenarle la cabeza de todo tipo de tonterías.

—Verás —se apresuró a decir Elena Ivanovna, como si recitara una lección que había aprendido—, si él va a quedarse en el cocodrilo, tal vez no volver nunca en su vida, mientras yo espero por él aquí. Un marido debería vivir en casa, no en un cocodrilo...

—Pero esto fue un incidente imprevisto —comencé, con una agitación muy comprensible.

—¡Oh, no me hables, no quiero escucharte, no quiero escucharte! —gritó, de repente poniéndose bastante enfadada—. ¡Siempre estás en mi contra, desgraciado! ¡No hay nada que hacer contigo, nunca me das ningún consejo! ¡Otras personas me dicen que puedo divorciarme porque Iván Matvéitch no recibirá su salario ahora!

—¡Elena Ivanovna! ¿Es a ti a quien oigo? —exclamé patéticamente—. ¿Qué villano podría haber puesto tal idea en tu cabeza? Y el divorcio por un motivo tan trivial como un salario es completamente imposible. Y el pobre Iván Matvéitch, el pobre Iván Matvéitch está, por así decirlo, ardiendo de amor por ti incluso en las entrañas del monstruo. Es más, se está derritiendo de amor como un terrón de azúcar. Ayer, mientras tú te divertías en el baile de máscaras, él decía que en último recurso podría llamarte como su legítima esposa para que te unieras a él en las entrañas del monstruo, especialmente porque parece que el cocodrilo es extremadamente espacioso, capaz no solo de acomodar a dos sino incluso a tres personas...

Y entonces le conté toda esa interesante parte de mi conversación de la noche anterior con Iván Matvéitch.

—¿Qué, qué? —gritó sorprendida—. ¿Quieres que yo también me meta en el monstruo para estar con Iván Matvéitch? ¡Qué idea! ¿Y cómo voy a entrar allí, con mi sombrero y crinolina? ¡Dios mío, qué tontería! ¿Y cómo me vería mientras me meto allí, y muy probablemente habría alguien allí para verme? ¡Es absurdo! ¿Y qué tendría para comer allí? Y... y... y ¿qué haría allí cuando...? ¡Oh, Dios mío, qué pensarán después...? ¿Y qué tendría para entretenerme allí...? ¿Dices que hay un olor a gutapercha? ¿Y qué haría si nos peleáramos, tendríamos que seguir quedándonos allí uno al lado del otro? ¡Puaj, qué horrible!

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo con todos esos argumentos, mi dulce Elena Ivanovna —interrumpí, esforzándome por expresarme con ese entusiasmo natural que siempre supera a un hombre cuando siente que la verdad está de su lado—. Pero hay una cosa que no has apreciado en todo esto, no has comprendido que él no puede vivir sin ti si te está invitando allí; eso es una prueba de amor, amor apasionado, fiel, ardiente... ¡Has pensado muy poco en su amor, querida Elena Ivanovna!

—¡No quiero, no quiero, no quiero oír nada al respecto! —dijo, apartándose con su linda manita con uñas rosadas que acababan de ser lavadas y pulidas—. ¡Hombre horrible! ¡Me harás llorar! Métete tú mismo, si te gusta la perspectiva. Eres su amigo, métete y hazle compañía, y pasa tu vida discutiendo alguna ciencia aburrida...

—Te equivocas al reírte de esta sugerencia —reprendí a la mujer frívola con dignidad—. Iván Matvéitch ya me ha invitado de por sí. Tú, por supuesto, estás llamada allí por deber; para mí, sería un acto de generosidad. Pero cuando Iván Matvéitch me describió anoche la elasticidad del cocodrilo, insinuó muy claramente que habría espacio no solo para ustedes dos, sino también para mí como amigo de la familia, especialmente si deseaba unirme a ustedes, y por lo tanto...

—¿Cómo así, los tres? —gritó Elena Ivanovna, mirándome sorprendida—. ¿Cómo, vamos a estar los tres allí juntos? ¡Ja-ja-ja! ¡Qué tontos son ambos! ¡Ja-ja-ja! ¡Seguramente te pellizcaré todo el tiempo, desgraciado! ¡Ja-ja-ja! ¡Ja-ja-ja!

Y recostándose en el sofá, rió hasta llorar. Todo esto, las lágrimas y la risa, eran tan fascinantes que no pude resistir correr ansiosamente a besar su mano, a lo cual no se opuso, aunque me pellizcó ligeramente las orejas como señal de reconciliación.

Luego, ambos nos animamos mucho, y le describí en detalle todos los planes de Iván Matvéitch. La idea de sus recepciones nocturnas y su salón le agradó mucho.

— Solo que necesitaría muchos vestidos nuevos — observó — y por eso Iván Matvéitch debe enviarme la mayor parte de su salario lo antes posible. Solo que... solo que no sé sobre eso — añadió pensativamente —. ¿Cómo se le puede traer aquí en el tanque? Eso es muy absurdo. No quiero que mi marido sea llevado en un tanque. Me sentiría muy avergonzada de que mis visitantes lo vieran... No quiero eso, no, no quiero.

— A propósito, ya que lo pienso, ¿estuvo Timofey Semyonitch aquí ayer?

— Oh, sí, vino a consolarme, y ¿sabes? Jugamos a las cartas todo el tiempo. Jugó por dulces, y si yo perdía, tenía que besarme las manos. ¡Qué sinvergüenza es! Y fíjate, casi vino al baile de máscaras conmigo, ¡de verdad!

— ¡Se dejó llevar por sus sentimientos! — observé —. Y ¿quién no lo haría contigo, encantadora?

— ¡Oh, sigue con tus cumplidos! Espera, te daré un pellizco como regalo de despedida. He aprendido a pellizcar terriblemente bien últimamente. Bueno, ¿qué dices a eso? A propósito, ¿dices que Iván Matvéitch habló varias veces de mí ayer?

— No, no exactamente... Debo decir que ahora piensa más en el destino de la humanidad, y quiere...

— ¡Oh, déjalo! ¡No sigas! Estoy segura de que es terriblemente aburrido. Iré a verlo algún día. Seguramente iré mañana. Solo que no hoy; me duele la cabeza y, además, habrá mucha gente allí hoy... Dirán, "Esa es su esposa", y me sentiré avergonzada... Adiós. Tú estarás... allí esta noche, ¿verdad?

— Para verlo, sí. Me pidió que fuera a llevarle los periódicos.

— Eso es genial. Ve y léeles. Pero no vengas a verme hoy. No me siento bien, y tal vez vaya a ver a alguien. Adiós, hombre travieso.

—Es ese tipo moreno quien va a verla esta noche —pensé.

Por supuesto, en la oficina no di muestra alguna de estar consumido por estas preocupaciones y ansiedades. Pero pronto noté que algunos de los periódicos más progresistas parecían pasar de mano en mano particularmente rápido entre mis colegas, y se leían con una expresión de seriedad extrema. El primero que llegó a mis manos fue el *News-sheet*, un periódico sin partido en particular pero humanitario en general, por lo que era visto con desprecio entre nosotros, aunque se leía. No sin sorpresa leí en él el siguiente párrafo:

"Ayer circulaban rumores extraños entre las espaciosas calles y los suntuosos edificios de nuestra vasta metrópoli. Un cierto bon-vivant bien conocido de la alta sociedad, probablemente cansado de la cocina en Borel's y en el Club X., entró en la Arcada, en el lugar donde se exhibe un inmenso cocodrilo traído recientemente a la metrópoli, e insistió en que fuera preparado para su cena. Después de negociar con el propietario, se puso de inmediato a devorarlo (es decir, no al propietario, un alemán muy manso y meticuloso, sino a su cocodrilo), cortando jugosos trozos con su navaja del animal vivo y tragándolos con extraordinaria rapidez. Poco a poco, todo el cocodrilo desapareció en los vastos recovecos de su estómago, tanto que incluso estuvo a punto de atacar a un ichneumon, un compañero constante del cocodrilo, probablemente imaginando que este último también sería sabroso. No nos oponemos en absoluto a ese nuevo artículo de dieta con el que los gourmets extranjeros están familiarizados desde hace tiempo. De hecho, habíamos predicho que llegaría. Los señores ingleses y viajeros organizan fiestas regulares para cazar cocodrilos en Egipto, y consumen la parte trasera del monstruo cocinada como bistec, con mostaza, cebollas y patatas. Los franceses que siguieron a Lesseps prefieren las patas asadas en cenizas calientes, lo cual hacen, sin embargo, en oposición a los ingleses, que se ríen de ellos. Probablemente ambas formas serían apreciadas entre nosotros. Por nuestra parte, nos deleitamos en una nueva rama de la industria, de la cual nuestro gran y variado país necesita de manera preeminente. Probablemente antes de que pase un año se traerán cocodrilos por cientos para reemplazar a este primero, perdido en el estómago de un gourmet de Petersburgo. ¿Y por qué no habría de aclimatarse el cocodrilo entre nosotros en Rusia? Si el agua del Neva es demasiado fría para estos interesantes visitantes, hay estanques en la capital y ríos y lagos fuera de ella. ¿Por qué no criar cocodri-

los en Pargolovo, por ejemplo, o en Pavlovsk, en los estanques de Presnensky y en Samoteka en Moscú? Mientras proporcionan un alimento agradable y saludable para nuestros gourmets exigentes, al mismo tiempo podrían entretener a las damas que pasean por estos estanques e instruir a los niños en historia natural. La piel del cocodrilo podría utilizarse para hacer estuches de joyas, cajas, estuches para cigarrillos, billeteras, y posiblemente más de mil guardadas en billetes grasientos que son particularmente queridos por los comerciantes podrían almacenarse en piel de cocodrilo. Esperamos volver más de una vez a este interesante tema."

Aunque había previsto algo de este tipo, la temeraria inexactitud del párrafo me abrumó. Al no encontrar a nadie con quien compartir mi impresión, me dirigí a Prohor Savvitch, que estaba sentado frente a mí, y noté que éste me había estado observando durante un tiempo, mientras sostenía *The Voice* en la mano como si estuviera a punto de pasármelo. Sin decir palabra, tomó el *News-sheet* de mí, y al entregarme *The Voice*, trazó una línea con la uña contra un artículo al que probablemente deseaba llamar mi atención. Este Prohor Savvitch era un hombre muy peculiar: un viejo soltero taciturno, no tenía una relación íntima con ninguno de nosotros, apenas hablaba con nadie en la oficina, siempre tenía una opinión propia sobre todo, pero no podía soportar importársela a nadie. Vivía solo. Casi nadie entre nosotros había estado alguna vez en su alojamiento.

Esto fue lo que leí en *The Voice*:

"Todo el mundo sabe que somos progresistas y humanitarios y queremos estar a la altura de Europa en este aspecto. Pero a pesar de todos nuestros esfuerzos y los de nuestro periódico, aún estamos lejos de la madurez, como puede juzgarse por el espantoso incidente que tuvo lugar ayer en la Arcada y que predijimos hace tiempo. Un extranjero llega a la capital trayendo consigo un cocodrilo que comienza a exhibir en la Arcada. Inmediatamente nos apresuramos a dar la bienvenida a una nueva rama de la industria útil de la que nuestro poderoso y variado país necesita en gran medida. De repente, ayer a las cuatro de la tarde, un caballero de corpulencia excepcional entra en la tienda del extranjero en estado de embriaguez, paga su entrada y de inmediato, sin previo aviso, salta a las mandíbulas del cocodrilo, que se vio obligado, por supuesto, a tragarlo, aunque solo fuera por instinto de autoconservación, para evitar ser aplastado. Cayendo dentro del cocodrilo, el extraño se durmió de inmediato. Ni los gritos del propietario extranjero, ni

los lamentos de su aterrorizada familia, ni las amenazas de llamar a la policía hicieron la menor impresión. Dentro del cocodrilo no se oía nada más que risas y una promesa de despellejarlo (sic), aunque el pobre mamífero, obligado a tragar tal masa, derramaba lágrimas en vano. Un invitado no invitado es peor que un tártaro. Pero a pesar del proverbio, el insolente visitante no se iría. No sabemos cómo explicar tales incidentes bárbaros que demuestran nuestra falta de cultura y nos deshonran a los ojos de los extranjeros. La imprudencia del temperamento ruso ha encontrado una nueva salida. Se puede preguntar cuál fue el objeto del visitante no invitado. ¿Un hogar cálido y cómodo? Pero hay muchas excelentes casas en la capital con alojamientos muy baratos y confortables, con agua del Neva instalada y una escalera iluminada con gas, a menudo con un portero mantenido por el propietario. Queremos llamar la atención de nuestros lectores sobre el trato bárbaro hacia los animales domésticos: es difícil, por supuesto, para el cocodrilo digerir una masa tan grande de una vez, y ahora yace hinchado al tamaño de una montaña, esperando la muerte en agonías insostenibles. En Europa, las personas culpables de inhumanidad hacia los animales domésticos han sido castigadas por la ley desde hace mucho tiempo. Pero a pesar de nuestra iluminación europea, a pesar de nuestros pavimentos europeos, a pesar de la arquitectura europea de nuestras casas, aún estamos lejos de sacudirnos nuestras tradiciones consagradas por el tiempo.

"Si bien las casas son nuevas, las convenciones son viejas."

Y, de hecho, las casas no son nuevas, al menos las escaleras en ellas no lo son. Más de una vez hemos aludido en nuestro periódico al hecho de que en el lado de Petersburgo, en la casa del comerciante Lukyanov, los escalones de la escalera de madera se han podrido, se han caído y han sido un peligro durante mucho tiempo para Afimya Skapidarov, la esposa de un soldado que trabaja en la casa, y que a menudo se ve obligada a subir las escaleras con agua o montones de leña. Al final, nuestras predicciones se han cumplido: ayer por la noche a las ocho y media, Afimya Skapidarov cayó con un recipiente de sopa y se rompió una pierna. No sabemos si Lukyanov arreglará su escalera ahora, los rusos a menudo son sabios después del evento, pero la víctima de la negligencia rusa ha sido llevada al hospital. De la misma manera, nunca dejaremos de insistir en que los porteros que limpian el barro del pavimento de madera en el lado de Viborgsky no deberían salpicar

las piernas de los transeúntes, sino arrojar el barro en montones como se hace en Europa," y así sucesivamente.

—¿Qué es esto? —pregunté con cierta perplejidad, mirando a Prohor Savvitch—. ¿Qué significa esto?

—¿Cómo dices?

—¡Vamos, por Dios! En lugar de compadecer a Iván Matvéitch, ¡se compadecen del cocodrilo!

—¿Y qué? También tienen compasión por una bestia, un mamífero. Debemos estar a la altura de Europa, ¿no es así? También tienen un sentimiento muy cálido por los cocodrilos allí. ¡Ja-ja-ja!

Diciendo esto, el peculiar Prohor Savvitch se sumergió en sus papeles y no pronunció otra palabra.

Guardé *The Voice* y *News-sheet* en mi bolsillo y reuní todas las copias antiguas de los periódicos que pude encontrar para el entretenimiento de Iván Matvéitch por la noche, y aunque la noche estaba lejos, en esta ocasión me escabullí de la oficina temprano para ir a la Arcada y mirar, aunque solo fuera desde la distancia, lo que estaba ocurriendo allí, y escuchar los diversos comentarios y corrientes de opinión. Preveía que habría una verdadera multitud allí, y me subí el cuello del abrigo para enfrentarla. De alguna manera me sentía algo tímido, tan desacostumbrados estamos a la publicidad. Pero siento que no tengo derecho a relatar mis propios sentimientos prosaicos frente a este notable y original incidente.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB